

Bienvenido

Buenas tardes a todos!

Quiero presentarme y espero conoceros muy pronto cuando vengáis a visitarnos a nuestro hogar.

Me llamo *Bienvenido*, pero para ser sincero, hasta hace muy poco me llamaba *Don Quejón*.

Nací en una fábrica de envases y, antes de aprender a hablar, aprendí a quejarme: *No sé por qué soy un envase de conservas y no una máquina de las que veo tan majestuosas, tan eficientes, tan brillantes, tan....*

Un tiempo después, me transportaron en un camión a una empresa de conservas de tomate. Por supuesto, también quise ser el camión o ese coche rojo veloz para sentir como el aire me ponía la carrocería de gallina.

Cuando llegué a la fábrica envasadora, me quería desintegrar para convertirme en hojalata líquida, filtrarme por el suelo y desaparecer. Primero me llenaron de tomate entero pelado de segunda o tercera calidad, ¡ni siquiera de primera! A continuación, me pusieron, sin que diera permiso, una tapa y me sometieron a una temperatura muy alta para esterilizarme. No fue tan alta como para derretirme y desaparecer, pero sí para sentir el dolor en todo mi ser. Finalmente, me sometieron a un lifting enfriándome para evitar la sobrecocción y evitar poner crema antienviejecimiento al metal. Para rematar, me etiquetan y me apilan junto a miles de latas sumisas. No sé si me quedaba alma o se carbonizó en el autoclave.

Acabé en una gran superficie, compitiendo con otros miles de envases mucho más atractivos, porque o eran de vidrio, o tenían salsa de tomate con cebolla, o contenían melocotones grandes y vistosos. Para continuar mi infortunio, el reponedor de conservas, me desplazó para conseguir más espacio y yo tropecé y salí disparado contra el suelo. Mi cuerpo se abolló y mi etiqueta se rasgó, así que ya no había nada de mí que valiera la pena.

El chico me devolvió a mi sitio y yo veía cómo los consumidores me apartaban para coger la lata posterior. Supuse que mi vida sería esa para siempre.

Una mañana más de una semana cualquiera, se convirtió en mi punto de inflexión, porque una señora mayor que no alcanzaba a cogerme pidió ayuda, señalándome. Supuse que se equivocaba de lata, lo mismo pensó el joven y se ofreció a ayudarla.

–Señora, ¿quiere que le coja la lata de detrás?

–Muchas gracias joven, pero quiero justo esa lata. Es perfecta.

Yo no podía creer lo que estaba oyendo y sintiendo, porque las manos de la anciana me sostenían como si flotara. Sus temblores eran caricias para mí, ¡pura poesía sensorial!

Llegamos a su casa y me puso al lado de una cebolla, dos dientes de ajo y el aceite de oliva. Se dispuso a hacer una salsa de tomate casera y yo formaría parte de ella. Pasé del enfadado y de la reactividad, al agradecimiento y la aceptación. Abrió mi tapa con un abrelatas y lo hizo con tal dulzura, que no pude quejarme. No hablaba, pero transmitía tanto amor.

De repente, me sentí vacío. El tomate que maldije, ahora lo echaba de menos. Esperaba con resignación ser tirado a la basura y acabar aplastado en alguna recicladora. Me volví a equivocar.

Me lavó, me secó y, al día siguiente, me llevaron a un local que una escritora llamada T.T., un espárrago, un mono y dos niños estaban acondicionando para convertirlo en un lugar de encuentro. Me aceptaron agradecidos, curaron mis abolladuras y con mano firme y tierna, me pintaron de blanco.

Reconozco que estaba muy despistado sobre el porqué me estaban acicalando tanto, tampoco entendía que hubiese tantas sillas, ni bombillas a mi alrededor. Así que decidí dejarme llevar por el asombro que te genera la vida cuando no te llenas la cabeza de ideas que te impiden ver con claridad.

A continuación, me pusieron una bombilla y nos unieron al techo con un hilo fuerte pero flexible, para colgarnos detrás de la puerta. Mi asombro continuó viendo cómo iban restaurando cada rincón. Las vigas sujetaban a otras compañeras latas también convertidas en lámparas. Y como un piano, derrotado, fue rescatado para ser nuestro piano verde Esperanza. Mi asombro no daba crédito cuando vi a cada uno de nosotros en el sitio que nos correspondía para ser parte de una energía muy especial. Todos éramos un equipo, sintiéndonos en familia.

A veces, el calladito piano Esperanza, se “desentecla” y se vuelve loco a ritmo de rock and roll, o jazz, o blues y, si las sillas se ponen pesadas, pasa a tocar flamenco para que puedan desfogarse taconeando, mientras los cubiertos, vasos y platos acompañan repicando sobre las mesas siguiendo el ritmo. Cuando llegan los lentos, los cubiertos se emparejan, las velas se encienden, las sillas se sienten invadidas por ese ayer y se contonean siguiendo el ritmo y nosotras, las lámparas, giramos sintiendo más que nunca que todos estamos conectados a pesar de ser únicos.

Después, todos dormimos profundamente, si a Esperanza no le da por roncar. Soy *Bienvenido* y deseo conocerlos y compartir con vosotros mi historia y mi familia.